



5^o Concurso
Literario de
Edición
AÑO 2020 **Relatos Breves**



Municipalidad de Cipolletti

5° Concurso Literario de Relatos Breves. Descubrí Cipolletti ; adaptado por Mirna Keller ; compilado por Mirna Keller. - 1a ed adaptada. - Neuquén : Patagonia Activa, 2021.

72 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-45999-8-8

**1. Antología de Textos. I. Keller, Mirna, adap. II. Keller, Mirna, comp.
CDD A860**



5° Concurso Literario de Relatos Breves - Descubrí Cipolletti

1º edición: enero 2021 - 500 ejemplares

ISBN 978-987-45999-?-?

**Editorial Patagonia Activa®
Carlos H. Rodríguez 260 - Primer Piso
Tel. (0299) 447-4333 - Neuquén - C.P.8300
www.PatagoniaActiva.com**

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en Argentina

No se permite la reproducción total o parcial, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.

Su infracción está penada por las leyes 11.723
y 25.446 de la República Argentina.

Prólogo

Esta antología es resultado de un sueño.

El equipo de turismo municipal, hace algunos años apostó a un concurso de relatos breves denominado “Descubrí Cipolletti” con la intención de poder contar la historia desde los propios habitantes, actores principales en la vida cotidiana de una ciudad en constante crecimiento y para las generaciones futuras rescatar la palabra escrita de la oralidad y la anécdota.

Relatos y poesías que den cuenta del paso del tiempo, de los pioneros, las transformaciones, conflictos, la vida social y el desarrollo.

Colonia Lucinda desde los orígenes, en la fecundidad del prospero suelo patagónico y el trabajo rudo pasó a convertirse en polo de cultura en la interculturalidad de sus habitantes para confluír en el lenguaje con voz de agua como los ríos que surcan la ciudad.

Reinventarse fue una de las facetas en la inundación que dio origen al estudio hídrico y al Ingeniero Italiano de aquel estudio que dio nombre a su nombre, Ciudad de Cipolletti.

Redescubrirse desde el tren “Estrella del valle y estación Limay, los galpones de empaque, las chacras de manzanos y perales, las alamedas, las bodegas, el viejo caserío y los nuevos barrios. El Cipolletazo, la feria del libro, la Isla Jordán y su balsa.

Disímiles momentos, como fotografías en blanco y negro, a todo color o las de nostálgicas tonalidades sepia. El color del otoño y la fiesta de la floración, el club San Martín y Cipolletti. La casa Peuser,

la casa del escritor, la calesita, el corredor cultural y la feria del libro.

El regreso del tren del valle, la nueva estación y el museo del tren.

Rincones que son íconos y las historias de dolor y horror que no encuentran explicación. En la suma, un bagaje multifacético en el devenir del tiempo que marca su sello particular.

Las letras simples y las historias que aquí se relatan son una ínfima fracción en los ciento trece años de la ciudad y sus habitantes, de los hechos que la construyeron, la constituyen y la forjarán.

Los invito a leer esta antología y a abrir el umbral de los sueños, pues la historia como bien dije, se sigue escribiendo y ustedes pueden ser los protagonistas.

Pablo Lautaro

Índice de Relatos y Poesías

No soy de aquí - ET	11
Pelusa - Ernesto Raúl Azua	13
El regreso del Tren - Mirna Romagnoli	17
Gratas vivencias - Tuchi.....	19
La Taba es un juego no menor, de las costumbres de antes - Mística	21
Esa Mañana de Cipolletti - Oro de Fernández	25
Isla Jordán - Amanecer Azul	29
Don Juan - Ben	31
Vivo en Cipolletti - Dorita.....	33
El árbol centenario - Doris Estrada Campos.....	35
Verde - Juan Pérez.....	37
Domingo - Domingo	39
La mazamorrera - Ragnin Katril.....	41
Risueños en El Andén - Ayelen Estefanía Segui.....	43
El viejo Cipolletti - Rubén Leiva.....	45
La vid, sus raíces y sabores - Rosaura	47
Volver al Edén - Julia Mabel Meso Ramirez.....	49
Reincidencia - Valeria Ferraiuelo.....	51
El exilio de los espejos y otras crónicas ciudadanas - Ángel Amado Hernández.....	53
Los perros de la chilena - BEA.....	55
Duplicado energético - Sagimo	59
Nuevos comienzos - Qamy	63
El camino - Eva	65
El ropero ¡que habla de ti! - Irene Montecino	67

No soy de aquí.

ET

Cipolletti fue el camino que mi madre eligió para alejarnos del infierno en el que nos encontrábamos. Aún recuerdo ese olor a fruta madura que invadió mis sentidos apenas descendimos del colectivo.

Mientras nos dirigíamos a casa de mi abuela, mi alma quiso escapar, dolida por alejarse del mar, pero no encontró salida. A veces el destino suele ser muy bicho y teje de maneras impensadas los hilos de nuestras vidas. De haber sabido que aquí sería el hombre más feliz, no me hubiera hecho tanto problema.

Es difícil no ser de aquí, no ser de allá. Ahora entiendo a Facundo Cabral, pero también entiendo lo que esconden esos relatos que con mucha emoción en su garguero me relata mi suegro. Cuando los oigo, mientras compartimos un mate o una copa de vino, puedo sentir que estoy en aquel viejo Cipolletti, en aquellos días de verano en los que su madre mientras cosechaba lo dejaba jugando dentro de un bin de madera, en aquel canal de Crespo en el que se bañaba con sus amigos de la infancia. Puedo ver en sus ojos cristalinos un amor que escapa a los míos.

Mi mujer y mi hija son Cipoleñas y sus ojos reflejan el mismo sentimiento. Están conectadas por la sangre y por la tierra. No soy de aquí ni soy de allá, pero eso no me preocupa, porque mi hija es parte de mí y una parte de mí es de Cipolletti.

Pelusa

Ernesto Raúl Azua

El invernall frío patagónico se introducía inclemente por las pequeñas rendijas que dejaban las maderas que conformaban el habitáculo de nuestro vagón vivienda de Artesanos, colocado en vía segunda de la estación Cipolletti. Afuera, ni la más modesta nube se interponía, con el fascinante firmamento, tan de la zona, pletórico de estrellas que tapizaban su curvada dimensión.

Desde una de las ventanas del antiguo vagón veíamos en la pared de la estación el viejo reloj a péndulo ELGIN que, con su incansable compás, señalaba las 2 de la madrugada.

En ese momento se escuchó el silbato del tren de pasajeros que proveniente de Zapala, arribó precedido por la negra y resoplante locomotora.

Muy pocas personas descendieron del mismo, entre ellas, un hombre de endeble contextura con una desaliñada barba entrecana, acompañado por varios bultos y valijas que, con movimientos titubeantes y cautelosos buscó un extremo del largo banco de cedro ubicado en el andén.

Conversó algunos minutos con el jefe de estación, luego este, entró presuroso a la oficina para terminar los trámites del movimiento del tren.

Quedó el pasajero en total desamparo en la desapacible noche. Solidarios con su situación lo invitamos a nuestro rústico vagón, caminó hasta el mismo con gran dificultad, casi con torpeza, luego nos enteramos que se estaba quedando ciego.

Ya instalado, le servimos un jarro de mate cocido con una sabrosa rodaja de pan casero de las quintas. Mientras comía, nos contó que venía de Zapala para quedarse en la finca de un pariente.

Pero su principal preocupación era la situación de su perro "Pelusa" que lo traía desde Zapala en el vagón de encomiendas.

Olindo, tal era su nombre, nos siguió relatando con mucha angustia que los muchachos del correo, que ocupaban un sector del furgón, le comentaron que el perro en medio de gran inquietud no saben como, se desembarazó del cordel y abandonó el rodado saltando al andén en la estación Ramón Castro cuando el tren se ponía en movimiento.

Luego del comentario Olindo se durmió sentado plácidamente. En las primeras horas del amanecer un hombre en un rastrojero lo vino a buscar. Se despidió efusivamente y se alejó de nosotros no sin antes recomendarnos su perro, si lo veíamos.

Tiempo después, entrábamos en la época donde el aroma y el color de los árboles frutales, las tibias y lisonjeras brizas, los celestes y luminosos cielos, se adueñan del Alto Valle, terruño tejido por acequias y canales festonados por el apacible verde de las alineadas alamedas, cauces, que acarrear a su amparo el agua que alguna vez fue nieve y pronto será fruta gracias al tozudo desvelo de los valletanos.

Nosotros arreglábamos el brazo de la señal de distancia, cuando vimos un perro caminando por la vía hacia la estación. De inmediato todos pensamos lo mismo, su ajado collar azul lo identificaba, era Pelusa.

Su marcha era lenta, con la cabeza gacha, flaco, con escoriaciones y lastimaduras en la piel. De inmediato lo llevamos hasta el cobertizo de las zorras de vía y le improvisamos una cucha.

Lo alimentamos con algunas sobras del puchero que, para nuestra sorpresa las comió a desgano.

Pasaron los días y el animal no se recuperaba, sin la más mínima vivacidad, casi no se movía de su rústico refugio.

Mientras averiguábamos donde vivía Olindo surgían de todos nosotros y personal de la estación muchas incógnitas: ¿como pudo llegar hasta acá? ¿Cómo se orientó?

Con el tiempo el desánimo y desaliento hizo presa de todos, el animal estaba casi destruido, es tristeza dijo el Veterinario.

Un día, el cambista que vivía en la barda dijo saber donde estaba Olindo de inmediato organizamos un viaje.

Al llegar a la chacra, Olindo, en el galpón, se levantaba del catre y se colocaba la camisa como si intuyera lo que ocurría, reconocer voces y emitir un silbido fue una sola cosa, tomó una varilla que oficiaba de bastón y algo titubeante por el apuro y su ceguera se dirigió hacia el perro que ya corría en su búsqueda con llamativa y recuperada vitalidad.

Llegó hasta sus pies y comenzó a lamer sus manos...Cuantos misterios enfrenta el hombre que no le encuentra una racional explicación, había un indescifrable hilo conductor entre Olindo y Pelusa, esa insondable conexión que solo el perro supo descifrar y eso le salvó la vida...

El regreso del Tren

Mirna Romagnoli

21 de Julio de 2015 (Día Histórico)

Fue una tardecita, destemplada... tardecita patagónica. Un sol anémico, quería entibiarla, pero la temperatura cruda (6º) caía sobre las personas.

No obstante...el andén estaba repleto de gente. Motivo...luego de 25 laaaargoooo años, el tren surcaba las vías.

Ese tren que... en el 1903, con su llegada al valle, le puso corazón a esta ciudad.

A las 16.30hs el tren, arribo por primera vez desde la estación de Neuquén a Cipolletti y viceversa. Estallo una algarabía de aplausos, banderas argentinas y canticos, como... La Marcha peronistas, entre otros.

Así se recibía , el 1er viaje del Tren con filmadoras y fotos, sellaron tan grato momento.

Los rostros de los mayores reflejaban una alegre nostalgia, rememorando, en sus retinas, los Ferrocarriles de antaño-

Hice las veces de “movilera” interrogando sobre las emociones personales.

Un señor me conto que estaba allí para dar rienda suelta...a sus sentimientos.

En su larga vida, había viajado muchas veces en tren y guardaba aquellos boletos de cartón duro en forma rectangular que el guarda perforaba como controlador, a los pasajeros.

Una señora me conto que su padre llevo a Cipolletti siendo ferroviario. Con su hermana (cuando señoritas) venían a la estación, para ver... pasar el tren.

Personalmente... me sucedió idem. Naci en un pequeñísimo pueblito del interior entrerriano. La distracción era... el domingo a la tarde acudir a la Estación y ver pasar el tren rumbo a la capital (Paraná).

Para tal ocasión los moradores del lugar lucían sus pilchas domingueras y zapatos bien lustrados. Era toda una ceremonia pueblerina el paseo a la Estación del Ferrocarril.

Se sorprendió un señor muy mayor que el bolsillo de la camisa, extrajo un carnet de la Unión Ferroviaria. Le conto que a los 12 años (al fallecer su papá), trabajo como Aprendiz en los Galpones del Ferrocarril de Bahía Blanca.

Llamo mi atención, porque... es un ser, que pierde todo: llaves, lentes, gorras, medicamentos, facturas y... hasta los dientes.

Pero esa credencial de su niñera, la tenía celosamente guardada. ¡Cuanta ternura! ¡Cuanto Cariño! Significa el lugar! Que tanto lo marco en su pre-adolescencia.

Seguí, recorriendo el anden mis años tropezaron con una fila kilométrica de personas que esperaban sacar su tarjeta: sube personalizada.

Descubri la cantidad de individuos que por sus tareas laborales, intercedían entre ambas ciudades (Cipolletti-Neuquén)

De repente – pito el tren!! Una bandada de palomas, quizás molestas por tanto bullicio... volo en circulo, coronando el techo de la estación... como ofreciendo un aplauso alado, al momento tan lindo, tan positivo, tan esperado, que estábamos viviendo.

¡Bienvenido trencito!

¡Te estábamos esperando, te necesitábamos!

Eres un capitulo mas en la historia de Cipo.

Gratas vivencias

Tuchi

Hola, mi querido Cipolletti, hoy necesito homenajearte relatando lo feliz, que he vivido, caminando tus calles, recordando lugares y costumbres, junto con nuestras amistades.

Me vienen a la memoria, el parque, con muchas hamacas y toboganes que era un placer para chicos y grandes. En ese mismo lugar, nuestro Colegio M. Belgrano, abriendo sus puertas anhelante, para darnos sabiduría para ser personas de bien e importantes.

En este ambiente querido, preparábamos tus aniversarios con gran regocijo armábamos bellas carrozas, ¡sí! era una fiesta llena de alegría y colorido. Como también añoramos las fiestas de Carnavales, todo Cipolletti salía a las calles, a la tarde con los baldes, y a la noche, disfrutábamos al Rey Momo, reinas y princesas paseando en sus carrozas, muy pero muy elegantes, acompañados de papel picado, serpentinas, lanza perfumes y diversos disfraces.

¿Te acordas? No había boliches, pero no era preocupante, organizábamos “los asaltos”, donde bailábamos y nos divertíamos en forma constante. Los domingos rodeábamos tu plaza, era muy reconfortante, encontrándonos con amigo o quizás buscando ese noviecito faltante.

En las fiestas patrias, Año Nuevo, Carnavales, el Club Cipolletti hacia sus baile “fiestas de Gala” amenizadas por Cholo Perego y sus ángeles.

Cuando habían fiestas importantes, se preparaba un escenario gigante, donde no faltaba el Pericón, chacareras, gatos con bailarines importantes, y deleitábamos en los potreros, carreras de embolsados, palo enjabonado y el gran premio de la sortija, con el gaucho a caballo.

Los domingos, la consigna, en los Cines Español y San Martín, era encontrarse. ¡¡¡Ah!!! Y en los intervalos saborear un rico bombón

helado bañado con chocolate. Y no pueden faltar los encuentros de estudiante, el lugar elegido la confitería Zoia, siempre con novedades chispeantes.

Tu cielo nos observó, cuando de chicos jugábamos... La payana, bolitas, figuritas, saltar a la soga, rayuela, el trompo, las rondas, barriletes, ladrón y policía, huevo podrido, Don Pirulero, Tarzan, la mancha, la escondida, a los pistoleros, ajedrez, dama, a la pelota, a las muñecas, casita, andar en bicicleta, a la paleta, al almacenero..iiiijahh!!!iiiiSiii!!!!

De solo pensar, es como renovarse. Pero dejó constancia que también ayudábamos a nuestros padres... Cipolletti mío, hay tanto para decir, pero el espacio es muy reducido...

Feliz me siento de haber nacido, en éste, tú lugar, que con mucho amor me has acogido.

Veo día a día tu expansión y te felicito se nota en cada rincón derroche de magnetismo, buenos augurios a los que te habitan, siempre les ha de brindar prósperos caminos.

La Taba es un juego no menor, de las costumbres de antes

Mística

La Taba, un juego gracioso y para distraerse. Probablemente lo trajeron los inmigrantes, pero era de Grecia... Allá también las mujeres lo jugaban, hay estatuas que dan testimonio de ello en el museo de Berlín.

La Taba es un juego, en que se tira al aire un hueso de carnero, de la parte del talón, y se gana si al caer queda hacia arriba el lado llamado “carne”, o se pierde si cae del otro lado llamado “chuca”.

Le ponen a la Taba adornos de bronce y mide aproximadamente diez centímetros por siete centímetros.

Aquí en Cipolletti, alrededor de 1946, para el día de la Tradición, se reunían los paisanos para festejar con carreras de sortija, carreras de embolsados, ventas de pastelitos, empanadas, y también estaba el juego de la Taba...

Era en lugares retirados, donde había mucho pasto y sombra para los caballos.

El paisano desensilló y se fue arrimando despacio. Había varios... la rueda era grandecita. “Acérquese paisano” – dijo un delgadito que tenía bombacha y también ponchito. “Despacio voy nomás, sígale, sígale” – dijo el recién llegado – “que voy tranquilo a la Taba, para distraer nomás...” “Como guste, aquí estamos”.

Eran como seis los tiradores, pero muchos más los mirones. La tierra estaba barrida y aplanadita, y el lugar bien ordenado. Se veía más allá que preparaban un buen asado.

Unos treinta años tendría este paisano, que no llevaba puestas sus botas negras.

Tenía, sí, unas alpargatas medio gastadas, tal vez por eso se demoraba... la Taba iba y venía, de mano en mano.

Al final entró en la rueda, tiró y salió buena.

Se seguía jugando como convenía, aunque los paisanos desconfiados dudaban antes de tirar. La tarde estaba cayendo, y también se refrescaban...

Algo no le gustó al delgadito, los billetes ya eran varios, tentador estaba el pago.

Algo no le parecía bien y sacó el facón muy enojado. Ese día no había llevado el suyo el paisano de este relato, ni botas ni poncho, puesto que no hacía frío. Estaba muy desarmado, pero no iba a perder lo que ya era suyo.

De un salto se puso adelante y tomó los billetes sucios y arrugados, con una mano los metió en el bolsillo largo de la bombacha, con la otra se sacó la boina.

Y luego dijo “¡Que la Cruz del Sur me ayude!” No se fue para atrás, lo miró y el mozo ya se le venía encima. Atinó a sacarse una alpargata y le esquivó al facón.

Volvió un paso y el otro le tiró otra vez, ahí fue cuando le dio dos con la alpargata: una en el lomo y otra cerca de la oreja.

Ya se había envalentonado, tenía facón que brillaba por su mango de plata. “Y bueno” se dijo para sus adentros “lo tengo que desarmar”

Mientras lo miraba sigiloso, no dejaba de moverse, pero el paisano tenía lo suyo, era un poco más alto que él, y tenía los brazos más largos.

Le tiró una y él le tiró dos, todavía no lo había tocado, pero se dijo “si no me apuro, me achura...” le tiró un revés, siempre con la derecha, y enseguida le mandó uno fuerte en la mano.

Se ve que el mozo estaba seguro pero descuidado, ya que soltó el facón. Se dijo “esta es la mía”.

Comenzó a darle golpes por donde podía. El delgadito quiso buscar su facón, pero otros ya lo habían guardado.

No tuvo más remedio que cubrirse la cabeza y encorvado salió como pudo por el costado.

Menos mal que la alpargata lo acompañó al paisano, sino... Los paisanos se reían, y algunos hasta aplaudieron.

Se fue despacio como vino, a contar los sucios pesos, pensando para sus adentros “vaya mi valentía! Pudo más que facón en mano”

Con los días, y los años, recordaba lo ocurrido. “Despareja la pelea, no?” comentaban “y el de facón cuánto ganó”, “no, ganó el que tenía la alpargata. Supo defenderse y sabía jugar muy bien a la Taba”.

Esa Mañana de Cipolletti

Oro de Fernández

Cada mañana de Julio en Cipolletti es igual. El aroma de la humedad mojando el pasto de la Avenida Alem, algún perro que cruza distraído la calle... a lo lejos se ve el bondi que cruza la madrugada... todo es igual; solo que esa mañana todo o por lo menos lo futuro cambiaría.

Solo se escuchó el chirrido del freno del Alto Valle... la tenue luz del interior del colectivo apenas delineaba las figuras de los que, arduamente, metían sus cabezas dentro de sus abrigos buscando algo de calor extra ante el frío reinante.

El recorrido era rutinario... se pasaba por la Rivadavia, cruzaba la vía y luego encaraba la maltrecha Pacheco para cruzar a Neuquén. Siempre lo mismo, solo que aquel día... mis ojos vieron lo más hermoso que nunca pude imaginar...

Dicen que la vida da señales... bah... eso dicen; pero ese día cuando ella subió y luego de pagar su boleto se metió entre la gente, descubrí un sentido que iba más allá de todo; el sentido del primer amor... o mejor dicho la pérdida de los sentidos.

Tenía una campera verde, llevaba un jean bastante gastado y una bufanda que acariciaba sus mejillas (lo que envidiaba).

Tenía la frescura de la mañana y yo una cara de pavo que no entendía cómo un ser tan hermoso estaba delante mío.

La verdad, no trate de hablarle... sólo la vi... oculto en el anonimato del capote de invierno... (esa prenda parte del uniforme de salida que en la colimba nos obligaban a usar).

La verdad es que al llegar al centro de Neuquén, traté de ver donde bajaba... con tanta suerte que bajo cerca de la avenida... como si tuviese un resorte me pare del asiento y trate de seguirla; era hermosa.

Cuando llegamos a la avenida apure el paso y ahí la providencia hizo lo suyo.... Un libro... bastante pesado y gordo, cayó de sus

brazos.

Vi la oportunidad de aplicar mi galantería, la cual practicada en mi mente hasta el hartazgo y traté de acercárselo.

Cuando se dio vuelta ante mi llamado, todo se confirmó... era el rostro con el que soñaba en mis interminables guardias del Comando... era preciosa.

Pero de repente, algo pasó. Algo que escapaba de mi adolescente comprensión; ella vio quien la llamaba y en un acto de desprecio tomo el libro y mascullo un agradecimiento... luego comprendí que lo que causaba ese rechazo a mi desmedida maniobra de acercamiento era ese uniforme... esa imagen mía, representaba para ella lo despreciable de unos hombres que integraban una institución que desde sus filas intestinas causaron tanto dolor a tantas personas.

Claro, yo no era un asesino ni mucho menos un represor, pero era tanta la bronca por esos días... que todo, pero todo lo que fuera sinónimo de "Autoridad Institucional", era mal visto.

Me dolió entender lo que pasaba, camine las dos cuadras hasta el cuartel casi puteando contra la colimba...

En fin; ese finde tuve franco... nos juntamos a tomar unas cervezas en el Cafetín... y ahí la providencia me tiro otro centro... un centro de esos llovidos, que, al llegar al área, tenés que aprovechar...

Desde la vidriera del café, vi entrar a la chica en cuestión al bar de enfrente.... nuevamente tomé coraje y crucé la Roca sin mirar...

Me acerque decidido y apelando a mi extroversión, la llamé educadamente... cuando se dio vuelta no me pude contener... mis mejillas estaban tan coloradas como mi garganta en una tarde de partido gritando en la Visera.

El nudo en la garganta era tal, que no me salió más que un "Hola"... a lo que ella, muy amablemente me respondió. Ya con casi el trabajo encaminado, me solté... le explique que era yo el de esa otra mañana, que estaba haciendo la colimba.... que por favor me dijera su nombre y ahí quede... Tan salame puedo ser?

Irma, me contesto... ahí empecé a querer hasta su nombre,

empecé a ver más allá de sus ojos negros.

Sentí que lo mejor venía, que nada podía terminar, que si ese era mi destino, tenía que ser... La charla continuó, el tiempo pasó.

La colimba llegó a su fin y yo volví al galpón... cada vez que me subo a ese bondi y cruzo la Rivadavia espero verla subir... entender que paso entre esa mañana y el hoy que inexorablemente llegó.

Irma no está hoy, pero cada vez que me acuerdo de esa mañana vuelvo a sentir el mismo aroma de Julio en Cipolletti.

Isla Jordán

Amanecer Azul

A la vera del camino junto a la ruta 22, me acompañan ensordecedores pájaros costeños. El aguacero imprevisto me sorprende, sigue su persistencia, por momentos me ganan los silencios ante mis ojos, se engalana el camino hacia la isla.

Luego se recorren las nubes y una leve neblina se dispersa. Algo persiste en el lugar que me llama la atención llegando junto al portal imaginario de la isla.

De pronto exclamo... sorprendida. ¡La tranquera de la isla esta abierta! ¿Quién ha osado y con que permiso irrumpen en mis tierras? le tengo alambrada con mis ojos ¡yo soy la dueña!

Nadie se encontraba para el reclamo y maxime con la rudeza que pensaba increparlo.

El marco era perturbador, su follaje invernal resaltaba entre tintes verdosos opacos.

A lo lejos, un tropel de caballos alborotados daban toques vivientes, resaltantes, en esa tarde descolorida junto a las bardas, donde el agua se recuesta sobre ellas.

Cierro la tranquera visual, me alejo despaciosa simplemente de esa paz tan codiciada.

Percibo un galope amortiguado, se desprende entre el bostezo aletargado de la tarde, sin voces, en un vuelo rasante en la mirada y la poesía prendida en los parpados.

Don Juan

Ben

Esta historia me la contó un amigo mientras tomábamos unos mates amargos en la trastienda de mi negocio.

Me relató lo siguiente: Hace años trabajaba para una revista deportiva de Buenos Aires, me enviaron a cubrir la tarea me dirigí a la plaza San Martín de Cipolletti.

En un banco había un hombre, el señor en cuestión era una persona mayor, irradiaba una rara tranquilidad, prolijamente vestido, me acerco y le pregunto por la bodega Hertzig, (para cumplir un pedido de un compañero de trabajo, que sabía de la producción de un de un vino artesanal de calidad) el hombre contesto, que se no lo tomaba a mal, me acompañaba hasta el lugar.

Caminamos lentamente, me comento que se llamaba Juan. A poco de andar, una señora lo saludo y le dice el sábado lo esperamos en la parroquia, hay unas reparaciones para realizar.

-Bueno señora Lita ahí estaré. Esta mujer dedica su vida a ayudar a los necesitados.

Un poco mas adelante un hombre lo saluda y comenta que había formado un equipo para reparar, viviendas precarias (dañadas en la última tormenta) me sumo.

-Lo espero esta noche, estoy de guardia, tenemos que continuar la partida de ajedrez.

-Es medico, lo acompaño por las noches que esta de guardia.

A cien metros se acerca un auto.

-¿Para donde va Don Juan? -A la bodega de Hertzig. -Suban que los llevo.

-¿Cómo le va señor comisario?

Bien necesitaba su ayuda, es por el tema de los chicos de Iriarte, a ver si los podemos encausar.

Llegamos a la bodega, el lugar parece salir de las entrañas de la

historia, maquinas de la primera revolución industrial, cubas de roble de gran tamaño y un aroma de buen vino inunda el ambiente.

Nos atendió el dueño, que se tomó su tiempo para explicar como su abuelo había comenzado con la producción del vino artesanal, aclaro que la calidad se mantiene a través de los años.

De regreso a la plaza San Martín, le comente a don Juan: algo o alguien me puso en su camino que me cambio la vida, regreso a la capital ordeno algunos temas y vuelvo a Cipolletti para radicarme.

Así fueron los hechos que sucedieron y por eso estoy aquí. Gracias por los mates, ahora iré a colaborar a un comedor comunitario.

Vivo en Cipolletti

Dorita

El resto de la noche parecía muy corta. El sueño escondido en cada rincón de mi habitación me hace recordar momentos vividos. Horas pasadas junto a mis seres queridos.

Niñez tranquila compuesta de vivencias, realidades y fantasías que quedarían allí.

Partiremos. Dice mi padre al estar reunido en la cocina donde el aroma del café recién hecho perfuma el ambiente.

Proyecto lejano que decidió debía concretar. Llego el día.

A través de las cortinas apenas corridas con manos temblorosas percibíamos su. Hasta siempre.

Comenzamos a partir. El silencio es nuestra compañía.

Algo especial cerraba mi garganta. Angustia o temor a lo desconocido?.

Después de un largo trayecto las preguntas comenzaron a surgir con impaciencia. ¿Cuanto falta?

Como lo había proyectado, llegada la noche buscaríamos un lugar donde descansar.

El canto de los pájaros era muy fuerte. Parecían apretujarse en las ramas del álamo en el patio aquel donde una cabaña parecía esperarnos diciéndonos “Buenas Noches”.

Al aparecer las primeras luces del día ya está todo dispuesto, debemos continuar.

Las orillas de las chacras dibujaban con su follaje su hermosa visión.

Trajo a mis ojos una inmensa tranquilidad que permitía dejar atrás la casa aquella que pasaría a formar parte de un ayer que nunca olvidaría.

Oigo la voz fuerte de papá – Falta poco – es a la vuelta de aquel álamo.

Allí queda nuestro sitio.

Ya cerca del mediodía el aroma de una rica comida parecía darnos la bienvenida.

Basta de lamentos, hay que comenzar.

Nuestro primer hogar, un residencial. Allí sus dueños, personas ya mayores nos reciben alegando estar dispuestos a apoyarnos en esta aventura.

El calor era muy intenso. Pregunto extrañada, Papá ¿No estamos en el Sur? Nuestra primera recorrida fue conocer la costa del Río Negro.

¡Que belleza niños y mayores refugiados es este.

Me gusta el lugar.

Comenzamos entonces a pasar los días, con ello el quehacer diario. Sentía que nos adaptaríamos.

Por iniciativa de nuestros nuevos amiguitos comenzamos a relacionarnos con sus progenitores quienes nos enseñaron los secretos del Valle. (Cosechas, confección de mercadería – dulces – chacinados – pudiendo enumerar tantas otras pidiendo disculpas por no hacerlos.

El tiempo feliz continua su paso. Ya crecimos, no olvidamos nuestro origen, mi progenitor peina ya sus cabellos con canas.

Me encuentro en paz.

Un día partimos buscando otros horizontes, recorrimos muchos caminos y solo digo gracias – Estoy aquí, vivo en el sur.

– Cipolletti – te llamo así.

Mi ciudad.

El árbol centenario

Doris Estrada Campos

Acá estoy de pie. Mis pies profundamente enraizados en el seno de mi tierra, mi domicilio permanente: Av. Alem y Kennedy.

Mi memoria recorre mas de cien años de historia local, de destinos familiares, de caminos errantes que se han perdido en el horizonte...

Ni siquiera recuerdo cuando nació, pero evoco las manos suaves de Doña Carola Idizarri, que me dió un sitio en su chacra, a quien veía caminar alrededor de su chalet, regando sus plantas con dedicación o sentada bajo mi sombra, mientras tarareaba una canción de aquellas que traía desde Italia, adormecidas en algunas maleta.

Desde aquí vi pasar mucha vida, familias prolíferas de inmigrantes, como los Caporaso, los Fuentes o Pelletier... que habían llegado a este suelo en pos de nuevos horizontes o abrazando algún sueño.

Quien sabe que manos me plantaron acá, sólo se que hace décadas, ante mi pasaron familias con sus hijos a cosechar la uva de los Montelpare.

También llegaron circos con sus carpas ruidosas y los parques de diversiones, que convocaban gente y carcajadas.

Algún ladrillero se detuvo con su viejo camión, bajo mi copa y los feriantes me rodean para ofertar su recolección de frutas y verduras.

A veces me siento solo y pienso en mis primos, que están tan cerca y a la vez tan lejos.

Se que uno, casi tan viejo como yo, vive en el cementerio local y a sido mucho testigo de perdidas familiares. El otro, con algunos años menos, reside en la vieja estación del ferrocarril, muy ruidosa en un tiempo y luego forzosamente silenciada...

Alguna vez contra mi tronco se apostó una choza de chapas que cobijaba a linyeras sin techo ni destino.

Otras veces mi piel fue herida por parejas que grababan corazones

con sus nombres que aun hoy permanecen.

Y aunque pude evadir alguna motosierra del progreso, alguien mando construir un pequeño muro de contención alrededor mio.

A veces cuando estoy sediento bebo el agua de la lluvia y mis ramas vuelven a erguirse perennes, a pesar del tiempo.

Estoy viejo, cansado y aunque aun vea pasar los delantales blancos y oiga la risa de los jóvenes, siento mi alma acongojada, cada vez mas, el cemento remplaza la tierra sembrada y el tiempo esboza mi final...

Verde

Juan Pérez

El verde limón de los manteles contrastaba con el gris de la tarde, Ximena se acercó sonriente a traernos la carta, resolvimos palear el frío con una taza de café.

Allí pegados a la ventana, mirando hacia la plaza imaginábamos otros tiempos. Antes de ser Nuevo Plaza Bar, aquí donde estamos era una concesionara, me dijo y antes de eso era un Banco.

Solemos ir ahí porque es amplio, las mesas no están pegadas unas a otras y la vidriera deja ver la plaza y todo su despliegue. Ese día había movimiento, en un rato empezaríamos a manifestarnos.

Bajo la frase NI UNA MENOS la plaza empezaba a poblarse con más gente de la habitual.

Habría esta vez muñecos y zapatos rojos orbitando el mástil. Micrófonos, música, folletos, poemas. Los carritos de panchos ya habían abierto, se formaba una pequeña cola a la espera de la compra.

Los juegos, el chirreo y su vaivén se amalgaman a la risa de los peques custodiados por sus padres.

Una pareja de adolescentes fue abordada por un grupo de amigos con skate, hoy sus destrezas se minimizaban a un pequeño rincón por la falta de espacio.

Los bancos empezaban a poblarse con algunos trabajadores que esperaban tomar el colectivo, más acá unas matitas negras y marrones dormían la tarde, con sus hocicos metidos entre la panza.

La plaza de Cipolletti se usa. Es el patio grande del pueblo que comparte charlas, confidencias, mateadas. Es punto de encuentro, es corte de camino, lugar de descanso.

Hoy alza la voz por un motivo que abanderamos: La NO violencia. Apuramos el café cuando escuchamos el micrófono, cruzamos la calle siempre colmada y escuchamos las distintas voces que van subiendo al escenario de cemento.

Domingo

Domingo

Los domingos, en los barrios pobres se está un rato más en la cama calentita. El barrio San Pablo en ese tiempo era obrero.

Mi madre comenzaba su día cortando las cantoneras para prender la cocina a leña, única calefacción.

Fortuna de chiquilines mate cocido caliente y el corazón blanco del pan casero en el eclipse con la manteca.

Luego el estallido del partido en el potrero salitroso de calle San Martín y Puerto Belgrano.

Parecía que la comida se multiplicaba como los peces de Jesucristo pero nos cuidábamos para que alcance.

Después del almuerzo, la incondicional tina con jabón, las alpargatas lavadas y el camino a la felicidad de una película.

Caminábamos por la calle San Martín hasta Sáenz Peña, a media cuadra en dirección a las vías, junto a la casa del Dr. Salto, estaba en ese entonces la entrada del Hospital que luego de una ampliación la ubicaron sobre la calle Fernández Oro.

Nos quedábamos como una hora frente a la casa del doctor ya que en el patio, atado a una fina cadena en una pata tuvo por buen tiempo un cóndor andino.

Nos sentábamos en largos y duros bancos de madera del hall de entrada, apagaban las luces y sobre una sábana blanca aparecían como mágicas las figuras del ratón Mikey, el gordo y el flaco, Cantinflas y el infaltable Carlitos.

El ruido de fondo era el zumbido del proyector. Yo pensaba entonces que esa parte de la tarde pertenecía a un mundo distinto, un mundo paralelo con posibilidades para todos.

En aquellos años Cipolletti era una ciudad para quedarse. Tranquila sin grandes edificios, calles anchas apacibles, vecinos nacidos y criados que tomaban mates en la vereda. Carnavales con

cursos y carrozas.

Acequias con alamedas. Escuelas con guardapolvos, sin uniformes. Iglesia con palomas. Entonces la azúcar, venía en terrones que se rompían en los bolsillos, nadie en el valle apostaba al desarraigo, bien o mal es un valor pertenecer.

La mazamorrera

Ragnin Katril

Mujeres, damas, señoras, niñas, jóvenes, para nombrarlas como congéneres de una raza con sangre caliente sosten de la misma vida que nos pario a la luz... existe una historia, esta en la memoria y resiste al olvido que impone el mismo tiempo natural y el humano por omisión, desidia, desinterés, ocultamiento o desinformación... trazo una línea delgada para destacarlas en este presente femicida para transportarlos al ayer donde no excluían su lado débil para afrontar la secuencia de sucesos en aquellos años hostiles, intemperie, soledad, y la amplitud del horizonte... sin retaros de igual a igual, peor aun mas fuerzas y esperanzas que el hombre... remonto este pensamiento a la mujer fortinera para que no quede en el anonimato de quienes vivieron y dejaron su herencia, el ADN de ellas están en cuartas o quintas generaciones... de un lado del río negro buscando la aguada, visionaria ella por lo que después se vendría, Carmen Funes de campos, la pasto verde, de este lado se referencia cerca del automóvil club sobre la traza de la 22, allí tenía su puesto otra mujer mercedes casas de Aguirre..oficiaban ambas como postas para quienes transitaban con los antiguos carros llevando pasajeros y mercaderías, se dice, que mercedes mas conocida como la mazamorrera, le enviaba sandia, melones, y otras frutas como intercambio de quesos de cabra que recibía de la pasto verde, eran amigas... un tiempo que esta, fluye entre las venas hereditarias, pasaron años de aquellas mujeres milicianas que murieron dejaron un legado a través de su descendencia, la mazamorrera era su apodo se llamo mercedes casas de Aguirre vivio muy cerca de la actual ciudad de Cipolletti, hoy desde la historia esa abuela reclama por su bis nieta Natalia Ciccioli desaparecida en 1994 y jamás se supo de ella...para que la sangre de la mujer no se derrame y sea sangre para sus congéneres enlace una realidad familiar...

Risueños en El Andén

Ayelen Estefanía Segui

Aquel espacio, pequeño en sus dimensiones, e inmenso en el centro de su corazón, anidan hace nueve años, sueños que nos invitan a volar. Más allá de las fábulas tradicionales, otro escenario nos envuelve.

La pequeña Inés, con su corta edad, se topó frente a aquel antiguo establecimiento de la estación ferroviaria central de la ciudad. La intersección ubicada entre las calles de General Fernández Oro y Miguel Muñoz, se transformaron en las entrañas de su hogar.

Deslizándose al compás de las hojas de aquel otoño, que descendían de los árboles, y saliéndose de las líneas al pintar maitenes con su copa abultada, inconfundibles en la pequeña ciudad, se aproximaba al primer encuentro cultural.

Un territorio seductor, con una mística perceptible, reivindicaba con sonrisas de celofán y perfume de canela, los misterios ocultos tras la gigantesca puerta de roble.

En su pecho habitaba un dolor profundo que irradiaba su energía transmitida en odio y melancolía, detrás de aquella ira, se escondía una muchacha encerrada en una frágil caja de cristal, consumida por los infiernos que la rodeaban.

Pero en aquel sitio divisaba esa agradable sensación de sentir su alma envuelta en paz, resguarda frente a lo desconocido, invadiendo cada escondrijo de su ser.

Avanzando hacia el horizonte con pasos firmes, Inés se regodeaba frente a la formas sin fin que se acercaban allí: voces, artistas, comunicadores, risas y amor ferviente esparcidos por los poros de aquellos fulanos. Ejecutores de la técnica y espectadores de la magia irradiada.

La autogestión y el compromiso solidario, no pertenecían a utopías que soñaba de niña, fueron ascendiendo sin retroceder, y se materializaron frente a sus ojos, palpables en cada sonrisa que guardaba en El Andén.

El viejo Cipolletti

Rubén Leiva

Antonio: ¡Que sambullida me mande!, en este bravo y correntoso Río Neuquén...

-Hacelo, pero después vamos, donde se unen este río y el Limay, formando el río Negro.

Allí seguiremos bañándonos, pescando y tomando unos ricos mates con esta sabrosa y cristalina agua...¡Que lindo valle tenemos... como crece, este Cipolletti!

-¡Ah la pucha, que linda y grandota trucha pesqué, se la llevaremos a tu mami, para que nos prepare unas ricas milanesas.

-Don Franco, ¿nos regala algunas manzanas? Se ven lindas y sabrosas.

-Saquen las que quieran, pero usen el Canal de los Milico, para lavarla.

-¡Gracias señor!

-Che, que grande es el Puente Carretero, pensar que mi abuelo José y mi tío Guillermo, trabajaron en esta obra, que realizó, una empresa alemana, creo que se llama Geopex.

Es mas lindo que el Puente Ferroviario. Pensar que en las crecidas del siglo XIX el agua llegó hasta arriba de él. Está viejito el pobre, pero sigue guapendola.

-¡Nos vamos para arriba! Los Cipoleños.

-Abuelo: usted esta hablando dormido...de donde sacó, que estos ríos tienen agua limpia, no ve que está en parte, contaminado. En Allen, hay una mortandad de peces..ya no se le dá bolilla a las frutas..ahora solo quieren lotear, sacar petróleo, gas, etc.

Me parece que con el tiempo, vamos a tener que aprender a comer petróleo...tierra..

-Si!! querido nieto, todo eso que mencioné en sueños, era como vivíamos antes... podíamos respirar sanamente, sin tener que usar

barbijos, apreciar los paisajes, que por suerte, aún algunos pueden observarse, a pesar de todo, sigue siendo, un grandioso Valle, ya no podemos bañarnos, beber estas aguas y pescar.

-Que lindo eran estos pueblos, sin tanto progresos: podíamos andar sin temor por las calles, hasta de noche. Charlábamos en familia, hoy si no usas el celular, no sabes nada de el otro, gozar el aire, habían pocos autos, no tanto monóxido de carbono...

-¡Si Señor! Es bueno el progreso, pero me quedo con mi vieja ciudad.

-Abu: estas llorando? –No, me entró una basurita en el ojo, así y todo ¡Viva Cipolletti!.

La vid, sus raíces y sabores

Rosaura

Como la vid y el vino, tus ancestros llegaron inmigrando de Europa en guerra, adaptándose al cambio e interaccionando con otros organismos. A ti las alas se abrieron en Mendoza tierra del buen vino, para luego rumbo hacia Río Negro. Tierra prometida y de esperanzas.

Aquí te criaste en medio de alamedas, frutales y viñedos; donde el pueblo era pequeño pero con grandes corazones. Te acordabas que para salir a disfrutar la noche, venían caminando con sus alpargatitas de las chacras, las que dejaban escondidas entre los tamariscos, cómplice de secretos y emociones de las noches bellas. Se colocaban sus zapatitos y salían para el baile sonriente y contento.

Esos bailes que se hacían en el club Cipolletti donde todo el pueblo se reunía.

¡Que recuerdos mas bellos!!!

En esta ciudad formaste tu hermosa familia donde con errores y virtudes pudiste criar tus hijos. Gracias hermosa Nata por formar tu Vid.

La que hoy somos y estamos orgullosos de ser frutos de tus plantas y brindamos con un hermoso vino “Malbec” algunos con sabores distintos, todo eso que querías encontrar, y que nunca lo descifraste pero produjiste actitud humana, estilo de vida y conciencia del camino hacia algo bello y nuevo.

Volver al Edén

Julia Mabel Meso Ramirez

Volver, caminar las mismas veredas, esas veredas de mi niñez, me llena el corazón, me hace sentir plena.

Quizás nunca me tendría que haber marchado, pero por suerte algo me hizo descubrir que éste era mi lugar en el mundo y regresé...

El peso de los años curvó mi espalda, la lozanía de mi piel no es la misma y hasta se me ha aclarado el cabello, pero hoy nuevamente me siento feliz.

Los recuerdos, amotinados en lo más profundo de mi ser, cada tanto sorprenden a la emoción y aparecen recuperando vivencias, en un juego de manchas, en el gallito ciego, o en esos juegos de rayuela donde el afán era llegar al cielo; claro que las veredas no son las mismas, están gastadas por la infinitud de los transeúntes.

Periódicamente siento esa necesidad de caminar sus veredas, mirar vidrieras, sentarme un rato en la plaza San Martín, esa misma plaza que en mi niñez me abría sus brazos para que yo disfrutara a pleno su colorido y en donde más de una vez mis rodillas, al estrellarse contra el suelo en una caída distraída, me hacían desbordar en llanto, el cual sólo se calmaba con un riquísimo pirulín, o un globo inflado con helio, al cual con mi papá le agregábamos una cantidad increíble de hilo: ya que mi anhelo era que jugara con las nubes pero no por ello perderlo en el intento.

Era esa emoción de tiempos perdidos, donde los sueños de una niña pueblerina no tenían horizontes.

Hoy regreso, a ésta, mí querida Cipolletti, pues al cabo de gastar la vida en otras latitudes sentí la necesidad de regresar y descubrí que la modernidad avasalló, lo cambió todo: ya los niños no juegan en la calle, pereció el silencio de las siestas, dándole paso al resurgir de la urbe que, majestuosa y avasallante, sigue su destino.

En pos de la superación, dándole batalla a estos lares desérticos y

desolados, el pionero con su esfuerzo y con cada gota de sudor, logró grandes resultados: hay detalles únicos que jamás se desvanecerán de las emociones de un auténtico cipoleño, como ver el vuelo de los zorzales sobre los aromos, o al Fortín, que silencioso custodia el cauce del río, a la confluencia y el nacimiento del río Negro, y también a las tardes de mate en la isla Jordán, al paso de las bicicletas por las calles, con los operarios de los galpones...

También el aroma de las rosas de Rosauer, al atractivo de los caminos de las chacras, con sus álamos erguidos, un verdadero ejército a la vera del camino rural.

Todo esto en un marco único de una paleta cromática digna del mejor pintor, rematado con manzanos, perales, ciruelos, en un estallido de gemas florales de brillantes colores.

Es indudable que el edén existe: es esta increíble parte de la Patagonia, donde nuevamente mi mente se deleita con las imágenes de antaño, y mi alma con las nuevas almas de hogaño, es un vibrar constelado de humanidad...

Reincidencia

Valeria Ferraiuelo

La imagen del espejo le mostraba el paso del tiempo, ajado, marchito y con un rictus en la boca hacia un costado. Sus ojos eran lo único que José conservaba con el candor de la adolescencia.

Tenía la emoción y la esperanza en el brillo de sus ojos, casi como ese primer sábado cuando la conoció.

La cita se sucedía cada año en un sábado cerca del 21 de septiembre en la rotonda de Cipolletti.

El primer año él había estado solo circunstancialmente por un desplante de un amigo y la había visto casi como en un sueño, una linda chica con la que había charlado y se habían puesto de acuerdo para ir juntos a bailar.

Tez blanca, pelo castaño hasta la cintura, un lindo vestido corto blanco que mostraba sus piernas sin exagerar y una linda boca en forma de corazón. Sus ojos almendrados era lo que más llamaban la atención.

Solo que esa noche no se separaron hasta que el domingo despuntó y decidió acompañarla a su casa con la firme convicción que era un encuentro para toda la vida. Nada más cierto hubo en esos pensamientos, al otro día volvió al hogar de su amada para enterarse de la realidad, o de la triste realidad.

Había fallecido hace unos diez años y la habían enterrado con ese vestido blanco.

Los padres no se sintieron sorprendidos por su pregunta, casi como si la chica todos los años decidiera escaparse por una noche.

Esa idea lo carcomió por dentro, lo marcó irremediablemente.

Tanto que decidió buscarla en los años siguientes. Hasta darse cuenta de la fecha probable para encontrarla.

Y así había sido, año tras año durante treinta años, siempre preguntándose como retenerla despierta y a su vez temiendo que

su propia compañía quizá no resultara agradable para la eterna adolescente.

En eso pensaba cuando la vio puntual como cada año, pero esta vez el destino tenía otra cosa pensada para él. Sintió una puntada en el corazón y no pudo manejar la camioneta que continuó derecha por la rotonda.

Su último pensamiento fue, por fin podré acompañarla eternamente sin pensar en el paso del tiempo.

Y desde esa vez se los puede ver juntos, un hombre de aspecto tosco del brazo de una adolescente que podría ser su hija, caminando por la ruta, cerca de la primavera charlando animadamente como si el futuro no importara.

Adaptación de la chica de Zakoga, leyenda urbana de Cipolletti.

El exilio de los espejos y otras crónicas ciudadanas

Ángel Amado Hernández

-¿Diario señor?- Ese muchacho que con sus brazos abre la puerta de otro amanecer en la rotonda de mi barrio, curtido en la piel de espantapájaros, allí donde el viento hace estragos, hecho que me invita a continuar mientras el rocío, humedece todo a mi alrededor.

-¡Mamá, dame tu mano! El estupor en el rostro del pequeño apremiaba, ella cargó algunas galletitas lo tomó del brazo y se perdieron por el lustroso pasillo, a mi espalda, una inmensa figura deambula entre la mercadería, de rostro inapreciable, pálido, sus brazos se esfuerzan por alimentar la góndola, momento de suspenso que se quiebra con alguna nota musical, en el supermercado frente al Parque Rosauer, cruzó la Calle y en el segundo piso de la clínica sobre Mengelle, Julia Robert con su atrapante mirada detrás de la recepción, hace que resulte menos angustiante la espera. Entremezclo mis pensamientos, encuentro a nuestro Charles Chaplin, el despachante de combustible que sobre Pacheco moviliza la columna de automovilistas con su peculiar indicación, un personaje digno de resaltar en ese escenario explosivo.

Muy cerca del lugar de reunión de los Leones, Luis Sandrini se luce con los mejores cortes de asados, mientras se defiende del merodeo de los clientes con algunas chanzas futbolísticas, con su humor a cuestras redescubre la sonrisa, pese al crudo invierno.

En una escena muy típica, frente a la céntrica escuela el Inspector de tránsito, en un denodado monólogo no exento de sarcasmo, no puede evitar sin embargo, el mal humor de los improvisados automovilistas, los mismos que encontrarán algún malabarista de la Avenida Alem, que descuelga sueños cronometrados bajo tres colores, y que subsistirá con su increíble demostración.

En algún punto de mi ciudad, largos trancos sin cesar, camina *el longilíneo Forrest*, camina con su mirada hacia la nada, camina con

el pucho interminable, camina pese a las miradas solapadas por la intriga, camina y se pierde después de cada esquina.

Cae la tarde sabatina sobre la ciudad, el saxofonista de la Banda Municipal enarbola una sinfonía, que se dispersa en cercanías de las vías del ferrocarril, inseparable junto a su maestro, luego de casi treinta años y, algún petardo rompe la monotonía en la noche, en las gradas del blanquinegro se inicia un ritual, un clásico que irrumpe también el éxtasis de algún amante de las estrellas en el Anfiteatro. Ahí nomás, el Ingeniero Cipolletti se muestra impasible con su mirada a lo lejos, aunque en la penumbra de la medianoche, parece dispuesto a dar otro paso hacia ese horizonte soñado.

Y yo... buscando impregnarme un poco de cada uno de ellos, frente al cristal de la noche muda.

Los perros de la chilena

BEA

“Dedicado a todos nuestros hermanos chilenos, por el ejemplo que me dieron de lealtad y amor por la patria”.

Desde que tengo uso de razón, mi vida estuvo relacionada con los chilenos, no por lazos de sangre, pero sí por un vínculo muy estrecho de convivencia desde pequeña.

Chile tuvo un golpe de estado allá por los años 70, el pueblo chileno sufrió mucho, y no fueron pocos los que tuvieron que inmigrar.

Cipolletti, esta relativamente cerca y por esas épocas era una ciudad muy próspera gracias a la fruticultura, así que muchos chilenos la eligieron para su exilio.

Y a sí casi sin querer, nos fuimos “mezclando” argentinos y chilenos.

De a poco los fuimos conociendo, su gran amor y lealtad por la patria que habían tenido que dejar, su responsabilidad por el trabajo, su educación, su respeto, sus historias de vida.

Y fuimos aceptando su particular lenguaje y sus modismos, de ellos aprendí que en Chile no andan de novio, ellos “pololean”.

Ellos no hacen las cosas rápidamente, ellos las hacen “al tiro nomás”.

Ellos no te preguntan como andás ¿ellos te dicen “como andáis tu”.

Las rutas para ellos son carreteras.

Ellos no van a una fiesta, ellos se van de “carrete”.

Ellos no tienen bebé, ellos tienen a la “guagua”.

Ante un precio elevado, les sale “chucha que está caro”.

Y así fui creciendo entre sus modismos, algunas de sus costumbres, sus comidas.

Mi infancia en la chacra fue rodeada de chilenos, recuerdo a Doña Chepa, Don Segundo y sus guaguas René, vinieron a vivir a la chacra desde la zona de Temuco.

Muy trabajadores ellos, con ellos aprendí a comer sopaipilla, cazuelas y las inolvidables empanadas chilenas.

Aprendí a querer a Chile por su historia, sus paisajes, sus valores, su gente... hoy nuestras nuevas generaciones solo conocen a Chile porque allí compran barato ...

Pasaron los años y formé mi familia, siempre me quedó grabado un consejo de mi mamá: si necesitas ayuda en tu casa, busca a una empleada chilena, son más limpias y cumplidoras, y tenía razón mi mamá.

Así llegó a nuestra casa Trinidad, jovencita ella, no llegaba a los 30 años, recién exiliada con su marido y dos pequeños hijitos.

Muy linda chica, menuda, alegre, pero en su rostro se notaba la tristeza que produce el desarraigo, esa tristeza que solo conocen los que han tenido que inmigrar.

Vivía en unos de los inquilinatos del Barrio Don Bosco, en esos tiempos en el Don Bosco terminaba la ciudad.

Varias veces me acerqué hasta su casa con el auto lleno de cosas que a ella le venían muy bien, ya que allí en ese inquilinato faltaba todo.

Y llegó la navidad, fui al supermercado Lizaso, y ahí mi carrito se fue llenando por dos, lo mismo que compre para mi familia, fue para Trinidad, un pequeño gesto para hacerle más fácil su exilio en una fecha tan especial.

Aún tengo grabado en mis pupilas y en mi corazón, sus ojos y los de sus pequeños hijos, tanto agradecimiento ¡Cuanto amor!

Un día lunes por la mañana llega “la trini” como la llamábamos en casa y le pregunto ¿cómo pasastes el fin de semana, ya que había habido mucho viento y con la mejor de las sonrisas me responde: muy bien Sra ¡sólo que me robaron mis quince perros!

Quedé callada y no salía de mi asombro ¡15 perros! pensaba yo

... en la difícil situación que está y tener 15 perros ¡a lo que la trini agrega: y se me voló toda la ropa!!!

Ahí con una gran sonrisa, comprendí que los perros de la chilena, eran nuestros broches de colgar la ropa. le dije: no importa, luego te llevas algunos perros de aquí.

Pasaron más de 40 años y aún hoy cada vez que salgo a tender la ropa, no puedo dejar de esbozar una sonrisa y recordar a “los perros de la chilena”.

Duplicado energético

Sagimo

Caminando por la vieja estación de tren de Cipolletti, sobre la calle Fernández Oro, pensaba en que tenía que apurarme si quería llegar a tiempo a comprar las manzanas que vendían en mi verdulería predilecta. Las mejores manzanas son las del Alto Valle y con ellas fabrico mi famosa torta invertida. Modestia aparte, gané el primer premio en el concurso interprovincial de repostería de Confluencia.

Me gusta salir a comprar sin apuro porque vagar por las calles de Cipolletti me hace sentir feliz y en paz. Esos momentos simples son los que siempre disfruto.

También me gusta toparme con el parque Rosauer. Siento que en ese espacio verde no existo para nadie. Contemplo el monumento a los italianos e imagino por todo lo que vivieron dichos inmigrantes huyendo de la miseria de la guerra.

Mi lugar preferido es Balsa Las Perlas. Me encanta ir en bicicleta hasta allí. Llevo el mate y me siento a ver pasar los perros que viven por la zona. Me he encontrado con un par de caballos mansos y los he podido fotografiar. Bellísimos ejemplares. De todos modos, creo que soy mejor repostera que fotógrafa.

Volviendo al inicio de mi ida a la verdulería, me distraje con el lamento de un animal. El sonido venía de la vieja estación. Me acerqué hasta esa zona y lo vi. Estaba sucio, temblaba de frío y apenas podía abrir los ojos. Pobre gato, abandonado por la madre, abandonado por todos los que pasaban por su lado y lo ignoraban. Yo no lo hice. Me estremecí por completo al verlo tan miserable. Lo tomé entre mis brazos y a mi casa lo llevé.

Durante semanas lo alimenté, lo asistí para que hiciera sus necesidades y lo bauticé bajo el nombre de Rubio. Lentamente fue incrementando sus fuerzas y su vigor. Se transformó en un

animal impecable. Era extremadamente fiel para ser un gato, característica bastante rara en los felinos. Amé verlo crecer. Ahora entiendo por qué los egipcios los adoraban tanto.

Todo su pelaje relucía como oro cuando se acostaba bajo el sol. Lo único que me impresionaba de él era su mirada. Sus ojos eran muy enigmáticos, amarillos como su pelaje. Cuando me observaba fijamente siempre tenía la sensación de que Rubio quería decirme algo. Me penetraba con la mirada. Era una mirada sabia y altanera. Muchos años compartimos nuestro amor solo al mirarnos. Qué animal majestuoso.

Yo vivía sola y estaba habitando la casa que había heredado de mis padres. A ellos nunca le gustó el caserón de la abuela y como dedicaban el tiempo a viajar yo decidí recuperarla y empezar mi hogar en ella. Nunca entendí cómo podían ignorar una casa tan linda en las inmediaciones a la Ruta 22.

Los dos éramos muy felices viviendo allí. Rubio era el macho alfa de nuestra pequeña manada. Nos gustaba salir al patio y tomar el sol de las tardes.

Un día se puso a maullar como un desquiciado, se le encrespaban los pelos y estaba muy inquieto. Me despertó de la siesta con el alboroto que hacía. Seguía maullando y me rodeaba con la intención de que lo siguiera. Lo escolté hasta el altillo que había en la casa en la que vivíamos, entramos y se me puso la piel de gallina al sentir el frío del lugar. Rubio se fue directamente hasta una caja y comenzó a hacer sonidos cada vez más intensos. Es más, se trepó a la caja y empezó a rasguñarla. Pegó un brincó y la rodeó varias veces mientras maullaba intensamente.

¿Y esa caja vieja de madera? ¿Desde hace cuánto tiempo estaba ahí? No la recordaba y que pena me da decirlo, pero nunca limpiaba ese altillo. Tal vez la caja estaba desde el día en que me mudé, precisamente una semana antes de haberme topado con Rubio cuando era pequeñito en la estación de tren.

Al abrir la caja me di cuenta de que estaba repleta de fotogra-

fías, de cartas y de souvenirs. Todo era viejo y olía a naftalina. Un escalofrío recorrió mi ser. El contenido me era desconocido y familiar a la vez.

La primera foto que tomé era la de un hombre. Estaba parado junto a un tonel de vino, delante de lo que parecía ser una vieja bodega. Era un hombre morocho, alto y erguido. Estaba bien vestido por lo que deduje no era un simple trabajador ya que lucía aires de un caballero refinado. Di vuelta la imagen y decía: “Bodega la Falda, 1947 (Cipolletti). Con amor, Mecha”.

La segunda foto que llamó mi atención era un retrato mío, pero desde hacía muchos años. Mi ropa era diferente, mi peinado también y la expresión en mi cara era de completa alegría. La fotografía era de cuerpo completo, estaba sentada en una hamaca en la galería de una casona..., de esta casona. En el regazo tenía un gato grande muy parecido a Rubio. En el reverso se leía: “Mercedes Lima: 1920-1955.” Espeluznante. Mi nombre actual era justamente ese.

Tiré la fotografía y todo lo que tenía en la mano porque me perturbaba la revelación. Creo que me desmayé y entré en un sopor extraño. Tuve una pesadilla horrible. Corría por un pasillo interminable y algo me sujetaba la pollera. No podía avanzar y temblaba de miedo. De pronto me dolía el estómago y al llevar mi mano hacia mi abdomen notaba que la camisa que usaba estaba manchada de sangre. Desperté agitada y llorando.

Tomé coraje y me acerqué hacia la caja nuevamente. Revisé su contenido y leí el titular del diario Río Negro: “Amada y asesinada- 12 de septiembre de 1955”. Leí toda la noticia, palabra por palabra, letra por letra una y otra vez. ¡La mujer de la noticia era yo! Estaba muerta desde 1955.

Esta es la triste historia contada en primera persona, de la mujer que se me aparece todos los lunes a las 6:00 a.m. mientras espero el colectivo en la calle Fernández Oro. Pobre ánima perturbada. Creía mantener una vida normal cuando se enteró que real-

mente estaba muerta. ¿Cómo es posible que haya creído haber participado de un concurso, haber paseado en bicicleta, haber tomado fotografías..., en definitiva, haber disfrutado de una vida normal? Eso que ella creyó vivir es lo que los científicos llaman 'duplicado energético' del mundo físico.

Nuevos comienzos

Qamyy

Hace 2 semanas atrás todo era mejor para Manuel. Tenía sus amigos, su perro Sultán y sus vacaciones estaban siendo las mejores.

Pero un día su papá los llamo a su hermana Clara y a él, a la mesa. Manuel sentía algo en el aire, esa cosa rara que se siente antes de que la vida te cambie para siempre.

Papá dijo que iban a tener que mudarse, pero no de casa, ni de barrio, sino que más lejos, a un extraño lugar llamado Cipolletti.

Manuel no sabía dónde quedaba. Después le pregunto a su hermana Clara, ella siempre sabía todo porque era la mayor. Ese lugar quedaba en Río Negro y quedaba muy lejos de su inmenso Buenos Aires.

- Ese lugar no existe clara!

- Si existe, lo que pasa es que vos sos chiquito y lo único que sabes de Río Negro es que su capital es Viedma.

Y eso fue todo lo que sabía Manuel de Cipolletti.

Cuando llegaron descubrió algo más de Cipolletti, los 17 de febrero hacían mucho calor.

Todo era distinto, las casas, la gente, las calles, todo, todo.

Manuel extrañaba a sus amigos. Y para volver a la escuela todavía faltaban 2 semanas.

Pantalones cortos, ojotas de goma, hora de siesta y él en la vereda de esa calle llamada Mengelle.

Todos los nombres de esa ciudad eran raros.

La calle era un hervidero y en la sombra no había mucha diferencia.

Clara no había querido salir, así que estaba solo y aburrido. Cipolletti no le gustaba.

Cerro los ojos y tiro su cabeza hacia atrás, pensando en su perro Sultán que había tenido que dejar en la casa de sus primos, allá en

Buenos Aires.

De pronto sintió un silbido. Levanto la vista y lo vio desde el árbol de enfrente esa mano que le decía que se acercara.

- ¿Que haces ahí arriba?

- Me estaban siguiendo los Rodríguez para pegarme, así que me tuve que esconder acá. ¿Vos sos nuevo no?

- Si y este lugar da asco.

- Eso porque todavía no lo conoces. Seguime.

El niño sonrió y empezó a correr. Manuel lo siguió. Corrieron por las calles de tierra hasta los álamos altos hasta el cielo.

Ese día Manuel volvió cuando casi anochece a su casa. Su madre preocupada lo abrazo desesperada. Manuel estaba feliz. Ese día había sido el mejor de su vida. Tenía 4 nuevos amigos: Felipe, Claudia, Tomas y Alicia. Había aprendido de donde salían las peras y manzanas y que en ese lugar estaban las más ricas que probó en su vida. Conoció los canales de riego y chapotearon toda la tarde en ellos.

Los chicos le contaron que los álamos estaban plantados así para que el viento no arruinara los frutales. Le enseñaron que si trepas hasta lo más alto encontras las frutas más ricas.

Y ese día también descubrió que Cipolletti se convertiría en su nuevo hogar.

El camino

Eva

*Ruidoso y rugoso es el camino angosto.
Camino por el que recuerdo, el andar de un paso lento.*

Ruidoso y rugoso son los zapatos gastados.

*Las noches están durmiendo sobre un campo silencioso,
mientras la mirada manosea el tiempo añejo.*

*Hermosos días fríos y ventosos de este valle apacible.
Hermosas noches de loros escondidos en sus casas de cartón.*

*El camino lleva la cosecha que veneran esas bocas.
La comida del alma que conmueve con su prosa.*

*El camino trae soledad con las gotas de la lluvia,
el tropiezo de las migajas sobre el rocoso manto.*

*La revolución en la garganta con un grito desafiante.
Hace calma de las iras que caen sobre el muerto árbol.*

*Queda poco aire para andar por este valle.
Mi hermoso valle de colores, mis verdes,
mis marrones, mis violetas.*

*Se me termina el aire, y caigo sobre
la banquina de este escarchoso asfalto.*

*Los loros se aferran y nosotros también.
Este tiempo camina ligero y yo camino lento.
Ha llegado el asfalto a mi ripio vegetoso.*

El ropero ¡que habla de ti!

Irene Montecino

Recibí un regalo de niña “pintado de afecto” que conservé. Jugaron mis hijos, mi hija le pintó dibujos y le dio su nombre. Después mis nietos, y aún está, un ropero de madera pequeño. Con sus manos de artesano lo confeccionó un joven llamado Juan, “persona muy seria, se esfuerza por centrarse en su trabajo y cumplir con los plazos asignados para la entrega”. Tal el significado es él.

La vida de todos camina en un ropero. Lo visible son ropas, colores preferidos, calzados, guardapolvos pequeños; grandes más tarde, los uniformes de trabajo. También lo invisible: anhelos, proyectos, alegrías, dolores, amor por la familia... la vida misma, con sus carencias y abundancias. ¿Saben cuál ha sido el uniforme de Juan? El de bombero voluntario.

Hoy porta muchas medallas de distinto tamaño en su solapa y tiene letras invisibles: “Amor y servicio al prójimo”. Juan, siendo niño, observaba a su hermano mayor, el bombero.

Esa pequeña llama de amor al prójimo creció. Cuenta: “A los 25 años me ofrecí como bombero voluntario en el Cuartel de la ciudad de Cipolletti, Asociación fundada un 25 de diciembre de 1954.

El jefe me rechazó por ser chileno. Días después, el vicepresidente de la Comisión Directiva, Domingo Biscotti, me invitó a integrarme. Ingresé con alpargatas, vaquero y un pañuelo húmedo en el rostro como vestuario y más tarde con equipos de protección. Inicialmente bombero raso, luego una carrera ascendente.

Me retiré como suboficial mayor, a los 25 años de servicios no me quisieron dar de baja y permanecí activo 32 años como motorista de las autobombas, teniendo el beneficio de una Obra Social para mi esposa e hijos, y al retiro, una Pensión Graciable”.

Hoy con sus cabellos pintados de blanco, es veterano abanderado junto a otros compañeros retirados.

El corazón de Juan Ramón Jañez, su historia.

Nace en Villarrica, Provincia de Cautín, Chile, un 28 de septiembre de 1939, siendo el menor de cinco hermanos. Fallecen sus padres siendo muy pequeño. Él dice: “Me crié en distintos sitios. Muchas carencias, abusos, soledad, maltratos en los lugares que crecí”. Pero más tarde, de huérfano a hijo adoptivo, de soledad al abrazo, del rechazo al afecto, de la tristeza a la alegría, del maltrato al amor, del “no servís” al servicio, ya que, en 1960 con 20 años, en su horizonte se dibujaba una tierra nueva. En una payada él define: “República Argentina, madre adoptiva, la madre más bondadosa que alberga todas las razas”.

Es padre de cuatro hijos, dos mujeres y dos varones. Fue carpintero, vidriero. De empleado a dueño, trabajó de sol a sol. Deportes, ciclismo, natación, tenis de mesa. Y ocupó un tiempo valioso para servir al prójimo.

Ante la pregunta: ¿Qué es ser bombero voluntario para ti? responde: “Tener la posibilidad, la bendición de Dios, que te da esa vocación de servicio para ser útil a los demás, a la comunidad”.

Una experiencia que marcó su carrera: fue en 1974, un siniestro de noche, se explotó el Galpón FADEC por una pérdida de gas. El sereno Figueroa vivía allí. Al llegar con toda su familia, baja del auto a encender la luz...y fue un fósforo. Muere él, su esposa, dos hijos. El hijo más pequeño de cuatro años, sobrevivió. Juan dice: “Cargué a la mamá en brazos”. Las lágrimas en sus ojos, aún expresan el dolor que las letras ocultan.

Otro hecho que guarda muy sentidamente fue el incendio del galpón Boschi. Allí estuvo en peligro su vida y la de un compañero, al que debió arrastrarlo varios metros mientras detrás de ellos todo ardía. Se quedaron sin agua.

Había una vez un bombero... había una vez un ropero...

¡Por muchos bomberos más, hombres y mujeres en mi ciudad de Cipolletti!

Voluntarios para hacer el bien...Nace del corazón, actitud y acción interior, para imitar, reproducir.

El libro es la 5ta. antología que surge a partir del Concurso Literario de Relatos Breves “Descubrí Cipolletti”. En ella se compilan historias, anécdotas y costumbres relatadas y contadas por los propios habitantes de Cipolletti.

El concurso literario surge en el año 2013 como propuesta del equipo de la Dirección de Turismo de la Municipalidad de Cipolletti, con el entusiasmo de generar un espacio que permitiera describir y descubrir la ciudad desde diferentes perspectivas, donde los protagonistas de las historias sean los propios pobladores, tal vez sus hijos, sus nietos o porque no, sus padres y sus abuelos. Lo fundamental era que se muestren al mundo, esos rasgos que dan a nuestra ciudad esa singularidad.

Aquí se compilan relatos donde se contarán historias de los primeros pobladores, personajes y personalidades históricas, los antiguos comerciantes, clubes y deportes amateur, escritores locales, avenidas, ríos, lugares, espacios y sitios únicos de Cipolletti. Y a partir de esta publicación, se quiere y anhela que esas historias perduren en el tiempo, que sean leídas y contadas, recordadas y valoradas por la comunidad y todos aquellos interesados en conocer más de Cipolletti.



Dirección de Turismo
SECRETARÍA
DE GOBIERNO



ISBN 978-987-45999-8-8

